

LIBROS

El canciller Ayala y los buenos modales

En el canciller don Pedro López de Ayala (1332-1407) se conjugaron maravillosamente dos rasgos esenciales: la inteligencia y los buenos modales, resultando de tan afortunada conjunción un perspicaz político y un sobresaliente hombre de letras. La inteligencia le salvó no pocas veces de situaciones a las que le habían conducido sus buenos modos, y así pudo este hombre ejemplar domeñar la fortuna, dominar los azares turbulentos y aun lóbregos de su época, otear sobre las líneas de fuerza del proceso histórico —tortuosas las más de las veces— y penetrar en el sentido de las vidas y acciones de los Reyes a quienes sirvió. Por si fuera poco, Ayala fue el último escritor de nuestro *Mester de Clerecía* y el primero de nuestros modernos, esto último precisamente y según Américo Castro, por el dominio que ejerció sobre su intimidad y la distancia que supo mantener entre la historia que ante él transcurría y la «zona preciosa de su alma» (1).

Nació don Pedro hidalgo y pobre, descendiente de cantabros, iniciándose su educación en la casa del infante de Aragón, don Fernando, y en el palacio del Rey don Pedro, llegando a alcanzar los postreros fulgores de don Juan Manuel. Durante la guerra castellano-aragonesa intervino en los ataques sobre el litoral valenciano y catalán, siendo su primer cargo político el de alguacil mayor de Toledo. Hombre de probada sensibilidad y olfato, supo establecer alejamiento (incluso con un cierto cinismo señalado por Sánchez Albornoz) entre él y Pedro I apenas vio brillar un punto más las lanzas de Enrique de Trastámara. Si bien la manobra no le salió de balde (fue hecho prisionero por el Príncipe Negro), obtuvo de ella, una vez liberado, el cargo de alcaide mayor de Toledo, amén de otros de menos ascendente. Llevo luego misiones diplomáticas que le valieron el título de camarero y mil francos de oro anuales (Chaucer jamás logró de su monarca una pensión superior a los cuarenta marcos). En Aljuba-

rrota cayó de nuevo prisionero, esta vez del condestable portugués Alvares Pereira, engrosando su libertad la bolsa de doña Guiomar en treinta mil doblas cruzadas. De regreso a la Corte, Juan I le nombra su copero y camarero mayor, cargos desde los que arbitra la política castellana decisivamente, pues no era el monarca hombre particularmente sagaz. A los sesenta y ocho años recibe de Enrique III —al que sobreviviría— el cargo de canciller mayor de Castilla. Su vejez no fue decrepita y la muerte le asaltó de una manera bastante sorprendente. «Amó muchas mujeres, más que a tan sabio caballero como a él se convenía», nos dice su sobrino, Fernán Pérez de Guzmán. Fue supersticioso, creyente en agüeros, frecuentador de Amadises, Tristanes y Lanzarotes,



dado a la caza, proclive a testificar en falso y codicioso de caudales. Esto es, que amó la vida hasta morir y jamás confió de una manera exclusiva en sus buenas maneras. Probablemente por todo esto escribió las obras que han perpetuado su nombre: el *Rimado de Palacio*, una descripción heterogénea y multiforme de su sociedad; el *Libro de Cetrería* o de las aves de caza, una delicia para lectores de formación anglosajona, y las *Crónicas* de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III hasta 1396, con las que la historiografía castellana alcanza su más alta cumbre (2).

La redacción de la *Crónica* de Pedro I (3) le fue encomendada a López de Ayala, según parece lo más probable y de una manera más o menos oficiosa, por los Trastámara. El encargo recaía sobre una personalidad excep-

cionalmente dotada, y preparada, para la peculiar tarea del historiador, a lo que se venía a unir la equidad y entereza de su ánimo, perceptibles en la comparación de los tratamientos que recibieron reinados que le fueron tan cercanos, y en sí mismos tan dispares, como los de Pedro I y Enrique III.

La *Crónica* de Pedro I, elaborada por el canciller, pasó a constituir uno de los contrafuertes de la polémica surgida en torno a la personalidad del monarca, Cruel para Ayala, Justiciero para Felipe II. Desde luego no debió de ser sosegado el estado de ánimo con que el canciller emprendió la tarea de escribir la *crónica* de un Rey de entre cuyas fuerzas había desertado para unirse a las de su hermano bastardo. De hecho, las acciones del monarca debieron producirle no poca repugnancia, si bien jamás tanta como la que quiso esgrimir en su propia excusa, ya que constituían, en realidad, facetas más o menos cotidianas de la política y arte de gobierno vigentes en el siglo XIV. Por ello, optó por cronicar sin condenar ni reprochar directamente nada de la espeluznante sucesión de desmanes perpetrados por el monarca. La técnica para enjuiciar el reinado utilizada por el cronista fue mucho más sinuosa, de manera que los hechos no aparecen valorados desde su punto de vista, sino testimoniando las reacciones que motivaban en las personas cercanas al Rey: la Reina madre, María, al saber de los planes para acabar con Garcilaso o ante las ejecuciones de Toro; los cortesanos al conocer la ejecución de Nuñez de Guzmán o ante la prisión de la Reina, doña Blanca... O bien añadiendo documentos relativos a las acciones del Rey: las cartas de Ben Aljatib, la de Gutier Fernández de Toledo...

Así, la *Crónica* del Rey don Pedro se convierte en un fresco absolutamente moderno y vigoroso de su trágico reinado, y de la propia tragedia de su vida, desarrollada bajo el imperio de la codicia, el miedo, el egoísmo, la deslealtad, el recelo, la corrupción, los rencores, las insidias... la muerte —elegida como protagonista por Dionisio Ridruejo, en la narración elaborada con los textos del canciller—. Sobre el trabajo de Ridruejo, señalar su carácter de impecable y respetuoso, pues aproxima al lector al texto original sin que este pierda en modo alguno su sabor ni su funcionalidad histórica. Su prólogo explica su posición frente al material literario del

canciller, introduciendo al lector en su ámbito histórico y político; sus notas son de una erudición medida, elegante y educada, ampliando la amenidad del relato. Los libros como este cumplen un buen propósito, pues al patentizar el rigor del autor original, y los buenos modales que le animaron en su empresa, como al editor (Ridruejo, en el sentido literario del término) en la suya, laboran, en última instancia, a favor de la buena educación —histórica y cívica— del lector, cosa de por sí encomiable. ■
EDUARDO CHAMORRO.

- (1) Américo Castro, *La hispánico y el erasmismo*.
(2) Sánchez Albornoz, *El canciller Ayala, historiador*.
(3) Canciller López de Ayala, *Las muertes del Rey don Pedro*. Selección y prólogo de Dionisio Ridruejo. Alianza Editorial. Colección «El libro de bolsillo». 1971.

Hans Magnus Enzensberger: Alemania en minúsculas

Hans Magnus Enzensberger nació en 1921 en Kaufberren, pequeña localidad bávara cercana a la frontera austríaca. Ese mismo año, un «idealista... con folletos y granos en la cara... llamado Shtittler, Hitler, o algo por el estilo...», era nombrado jefe absoluto del refundido NSDAP (Partido Obrero Nacional Socialista Alemán). Hans Magnus Enzensberger conoció cuando apenas era un niño la subida del nazismo al poder; asistió más tarde, al igual que tantos otros testigos impotentes, al apogeo de aquella barbarie sin precedentes, y presenció, cuando aún no había cumplido los veinticinco años, cómo aquellos dioses trágicos y grotescos, asesinos de niños y protagonistas privilegiados de la mayor degradación colectiva de la Historia, interpretaban un wagneriano *Götterdämmerung* a los acordes de las bombas y las ametralladoras aliadas. Mil novecientos cuarenta y cinco fue, para todos los alemanes, el «año de la catástrofe». Hans Magnus Enzensberger no sólo había comprendido lo difícil que le sería, a partir de aquel instante, hablar la lengua de su patria; también había agotado, como casi todos sus contemporáneos, las últimas reservas biológicas de esa inefable cualidad humana que en alemán se llama «*chlichkeit*» y en castellano «buena fe». Los intelectuales germanos

que, dos años después de la capitulación incondicional de la Wehrmacht, formaron en Munich el denominado Grupo del 47, partían de una postura de absoluto escepticismo frente a los problemáticos cantos de sirena de cualquier ideología excluyente. Algunos de ellos —Alfred Andersch, Hans Werner Richter, Günter Eich, Wolfgang Köppen, Hans Erich Nossack, Walter Kolbenhoff...— habían visto truncada su carrera literaria por el advenimiento del nazismo; otros escritores —Heinrich Böll, Günter Grass, Martin Walser, Hans Magnus Enzensberger...— comenzaban a producir en aquellos momentos de desolación. Era, en frase de Hans Mayer, la «hora cero de la literatura alemana». El recelo ideológico se basaba, por una parte, en el derrumbamiento de una trágica coyuntura histórica aposentada no sobre el conocimiento científico y la solución racional de realidades y problemas concretos, sino sobre la monstruosa e irremisible aplicación de una ideología antihumana, y, por otra parte, en una especie de oscuro complejo de culpabilidad que afectaba profundamente a todos aquellos que, sabiéndose contrarios al sistema, prefirieron el silencio al martirio. «Tambien yo pertenezco —declaró Wolfgang Köppen en 1962, al recibir el Premio Georg Büchner de literatura— a una generación que desgraciadamente no ha atacado y combatido con suficiente ardor la inhumanidad, el poder en su forma más abominable, y se ha convertido así en un escándalo para el mundo». La «hora cero» de la literatura alemana está marcada por un sentimiento de vergüenza colectiva.

Ese sentimiento está latente, aunque no con la intensidad propia de un «leit motiv», en algunos de los poemas de Hans Magnus Enzensberger. Y así, por ejemplo, en el poema titulado «Die verschwundenen» («Los desaparecidos»), dedicado a la escritora judía Nelly Sachs, afirma:

«Los desaparecidos son los
[justos
{Que nosotros también desapa-
[rezamos así!.

Sin embargo, la problemática que surge constantemente en la obra de H. M. Enzensberger —y de otros muchos escritores alemanes de su generación— alude no tanto a la historia pasada como al peligro inminente de aparición de una nueva ideología vestida con distintos ropajes pero forjadora potencial de estructuras conviviales tan inhumanas como las de la época nazi. En el poema «Ins lese-